

UNIDAD Y COMPLEJIDAD DE LOS SABERES ACERCA DE LA UNIVERSIDAD

En mis comentarios no me voy a referir a la secuencia de tópicos que se van entrelazando en los diversos capítulos, porque tanto el primero como el último de ellos nos ofrecen un magnífico resumen de los contenidos y del raciocinio que se va desplegando a través de ellos. Tampoco me referiré a los aspectos estrictamente metodológicos con los cuales se plantean y desarrollan de manera sumamente rigurosa y ordenada el conjunto de problemáticas del libro. Es notable la exhaustividad y acuciosidad con las que se abordan los puntos conexos y los comentarios aparentemente adyacentes a los temas centrales, lo cual se hace en el conjunto amplísimo de las notas y que son de una riqueza apreciable, pero tampoco me detendré en este punto.

La fuerza demoledora de la crítica a las formas y orientaciones con las que se va construyendo la universidad del México de hoy, a pesar de que Eduardo Ibarra no se ha propuesto hacer crítica sino mostrar cómo se puede mirar a esta universidad, es contundente y constructiva. Adelanto también mi adhesión a estos puntos de vista críticos del autor, salvo en algunos detalles menores, que en otro momento habrá oportunidad de platicarlos.

En mi comentario me voy a referir varios tópicos que no se encuentran tratados como tales en forma sistemática en el texto, sino que están diseminados en diversas partes del libro, y que se relacionan con algunos enfoques e inquietudes personales que le brotan a uno cuando entra en contacto con el pensamiento de otras personas. Me referiré al carácter epistemológico-metodológico-político del libro, a la relación entre la unidad y la complejidad diversa de los saberes acerca de la universidad, a la relación entre lo organizacional y lo axiológico, al problema de la funcionalidad en la modernización y en la posmodernidad, y a la posición de los estudiosos del tema ante la transformación radical de la universidad. Estos tópicos no se pueden tratar separadamente uno de los otros, por lo que, a pesar de la búsqueda de sistematicidad, seguramente los iré comentando en un continuo flujo entre ellos, y me permitirá hacer varias preguntas que se han suscitado, así como introducir reflexiones personales sobre el texto de Ibarra.

Pero antes de entrar al primero, quiero plantear una pregunta acerca de la pregunta con la que comienza y termina el texto, y cuya respuesta, imaginada por mí, me ha orientado en buena parte de mis reflexiones. Él mismo señala al final del texto: "Iniciamos nuestro andar con una pregunta vital que ya casi nadie se hace, pues se desconoce/

GUILLERMO
VILLASEÑOR GARCÍA*

* Departamento de
Relaciones Sociales.
UAM-Xochimilco.

Eduardo Ibarra Colado.
*La universidad en México
hoy. Gubernamentalidad
y modernización*, México,
UNAM/UAM/ANUIES,
2001.

desprecia/ignora su trascendencia: ¿Cómo pensar a la universidad en México Hoy?” (441¹), y a partir de ella se despliega todo el libro. Lo que yo me pregunto es, ¿por qué se le ocurrió a Eduardo hacerse esta pregunta y a partir de eso escribir todo un libro? Mi pregunta a su pregunta no es de tipo metodológico ni epistemológico, es pregunta de carácter existencial y humano.

Por lo que conozco a Eduardo, pero que además se desprende nítidamente de su libro, eso creo, Eduardo ha tenido y tiene un gran interés por que nuestras universidades cambien de acuerdo a lo que las exigencias de diversa índole están demandando ante la ruptura radical de paradigmas que estamos comenzando a vivir. Pero, si no me equivoco, él ha tenido la experiencia de que el cambio en curso ha traído algunos elementos adecuados y favorables, pero muchos más que han sido muy desfavorables para las instituciones, e incluso, me atrevería a afirmar, destructivos de la academia, de valores humanos muy importantes para los universitarios, y de repercusiones sociales localizadas en el beneficio de sectores muy reducidos de la sociedad y en procesos de exclusión muy generalizados. Si estuviera equivocado en mi percepción acerca de Ibarra, lo que estaría mostrando es que, por atribución extrínseca, estoy proyectando mi propia manera de pensar y de apreciar lo que hoy acontece con nuestras universidades, y por lo tanto estaría proyectando la subjetividad desde la cual abordé el análisis del libro. De esto último sí estoy plenamente cierto.

En otras palabras, creo que Eduardo Ibarra busca un cambio diferente en puntos substanciales al cambio actual, y ante ello la primera pregunta que brota es ¿Cómo le hacemos para pensar adecuadamente a la universidad en México hoy? Y su respuesta es el libro. Ante esto planteo una inquietud: ¿Es posible pensar cómo pensar a la universidad, sin incluir al menos subliminal o subepistemológica-mente –si es que vale inventar nuevas palabras–, el para qué queremos pensarla y hacia qué rumbo quisiéramos que se encaminara? Pienso que la subjetividad y la objetividad no sólo se tocan sino que se influyen mutuamente. Pasemos, pues, al primero de los tópicos.

El carácter epistemológico, metodológico, político del libro

Como habíamos ya adelantado, esta es una obra en la que se busca cómo pensar a la universidad para poder nombrarla con propiedad; pero no se puede nombrarla adecuadamente si no se le mira de manera idónea; y no se le puede mirar de manera idónea si no se dejan de lado los acercamientos deformados o incompletos con los cuales se ha mirado hasta ahora. Ante esto, la obra de Ibarra nos ofrece una manera distinta de mirarla y de nombrarla. Nos señala que estamos ante procesos operativos cada

¹ Los números entre paréntesis indican la página del libro en la que aparece la cita.

vez más gubernamentalizados y ante una sociedad más participativa, lo cual provoca mutaciones importantes:

...este flujo de recreaciones hace de la universidad en México hoy un fenómeno inédito que debe escapar del poder de la palabra y de las ataduras del discurso. Si deseamos nombrar necesitamos mirar, pues nombrar sin mirar es absolutamente insuficiente ya que conduce a la verbalización reiterada de nuestros terribles fantasmas... hoy más que nunca necesitamos mirar a la universidad considerando las actuaciones específicas de los agentes que la conducen y la habitan, es decir, examinando con detalle suficiente sus estrategias y sus relaciones (282).

Esta es una de las claras posturas que explican el carácter marcadamente epistemológico y con el cual es muy difícil no estar de acuerdo. Sin embargo surgen algunos cuestionamientos: ¿Deber escapar del poder de la palabra y de las ataduras del discurso para poder nombrar, no es ubicarse en una supuesta libertad inexistente? ¿Cómo precisar qué significa el examinar “con detalle suficiente” para poder decir si nuestra mirada y nuestro nombrar son valederos? Por lo tanto, ¿qué nivel o profundidad alcanzada por medio del examen nos autoriza para que nuestra palabra sobre la universidad sea digna de consideración y no la mera evocación repetida de nuestros fantasmas?

Para soslayar posicionamientos extremos que pudieran deformar nuestra mirada, Ibarra sostiene la necesidad de no “apreciar la universidad desde un modernismo unitario e inequívoco” que sólo la contempla desde afuera, racionalmente, como algo externo a nosotros mismos, que funciona por algo y para algo y que puede ser manipulada en su funcionalidad universal y unicausal; pero tampoco hay que apreciarla desde un postmodernismo sin herencias, en la disolución del sentido, en la autonomización de signos y símbolos y en la diversidad acentuada; sino apreciarla desde los espacios de intersección entre modernismo y posmodernismo y desde el punto de inflexión que se marca por las tensiones teóricas de las meta-narrativas de ambas tendencias. (29-30):

...nosotros apostamos a una aproximación que se ubica un poco más al centro, intentando recrear las tensiones que dividen a estos saberes: ella persigue, por una parte, reunir el conocimiento general y la teoría unitaria reconociendo y explotando sus relaciones; pero desea también, a la vez, aprovechar las posibilidades que nos ofrecen la diversidad posmoderna, sin caer por ello en los peligros de la fragmentación extrema (248).

Casi al inicio del escrito, cuando Ibarra había ya señalado su convicción de que los extremos conceptuales desdibujan la complejidad y que, por lo tanto había que ubicarse en el centro, afirma:

Aquí no caben los absolutos ni los principios trascendentes que predeterminan las maneras de mirar; sólo hay lugar para el examen nominalista de las contingencias desde las que se han estado fraguando la modernización de la universidad y sus nuevos dispositivos...(40).

Ubicarse rigurosamente en alguno de los extremos antes descritos del modernismo o del posmodernismo, desde luego que descalificaría a quien así procediera, sin embargo llegar a afirmar que no tienen cabida ni siquiera los principios trascendentes que orientan una manera de mirar, me parece que sería cuestionable como lo veremos adelante; que no tengan cabida los absolutos que predeterminan, creo que es incuestionable. Igualmente señalar que sólo hay lugar para el examen nominalista (*vis*) de las contingencias, es casi tan absoluto como los absolutos que hemos rechazado, y además es pasar por alto que la modernidad universitaria y sus dispositivos se han fraguado también desde absolutos predeterminados o al menos desde principios que sus autores dicen que son trascendentes. Todo esto me suscita un poco el temor de que el valor inconscientemente atribuido a lo positivo y existente, y la aversión descalificatoria de lo que no es empíricamente comprobable, pudiera connotar la visión antes presentada.

A pesar del temor expresado, me parece importante destacar lo valioso de una de las facetas más relevantes de la visión epistemológica de la obra, pues se trata de una propuesta en la cual se plantea desterrar cualquier tipo de exclusivismo autoritario en la posesión de la verdad; por eso se dice que “la verdad no tiene cabida, sólo la reflectividad como esfuerzo conceptual”, y se trata de un proceso de búsqueda de la verdad “que no tocará un punto final, definitivo” (26), último o con apariencia de dogmatismo:

desde aquí no hay lugar para las aseveraciones del tipo de ‘en última instancia’, o del simple tomar partido porque las cosas ‘son’ o ‘no son’. Muy por el contrario, debemos pensar que ‘en última instancia’ nada está escrito y que las cosas son ‘y’ no son. Todo depende del hilo y de la madeja desde la que se teje (38).

Todo esto lo puede afirmar tranquilamente Eduardo Ibarra porque la incorporación de diversos ángulos de lectura la hace “sin afanes de convencimiento, simplemente para desterrar el silencio por omisión e iniciar intercambios reflexivos que permitan recrear la universidad...” (128). La pregunta que me inquieta es si para esa recreación de la universidad, basta con generar saberes de carácter epistémico-metodológico, sin los cuales no se podría avanzar con paso firme, o si es necesario, y cuándo y por quién, incursionar, además, en el proyecto de una sana funcionalidad no absolutizada por ninguna meta-narrativa.

Unidad y diversidad, caminos hacia la complejidad en los saberes sobre la universidad

Dada la estrecha trabazón de los problemas y de los conceptos que se presentan en el libro y la rigurosa secuencia del raciocinio que se despliega a lo largo de él, es difícil separar ciertos tópicos que naturalmente se van eslabonando. Así sucede, por ejemplo, con las tres perspectivas básicas desde las cuales se ha mirado a la universidad:

Así, encontramos la visión unitaria de la universidad que se maneja por el modernismo, y que a partir de ciertas apreciaciones de carácter absoluto se detiene en los aspectos generales de la realidad universitaria quedándose en el ámbito de una universidad en “concepto”. Por otra parte encontramos la visión diversificada que nos presenta el posmodernismo y que nos conduce a una percepción desilusionada de la universidad, muy cercana, también a la “universidad en concepto” pero de signo diferente. Pero aparte de estas visiones extremas, también contamos con una tercera visión que se ubica al interior de las tensiones teóricas de los dos extremos ya señalados, la cual abandona el absolutismo del discurso analítico y reconoce la complejidad propia de una adecuada diversidad. Esta tercera visión que nos ubica, preferentemente en una perspectiva de la “universidad en contexto”; representa el intento por recuperar las tensiones conceptuales propias de un pensamiento complejo (29-30).

Para abundar en la problemática de la unidad y de la diversidad desde el abordaje del pensamiento complejo, retomo lo ya comentado antes acerca de que en esta tercera perspectiva no existen los absolutos ni los principios trascendentes que predeterminen la manera de mirar, y que sólo hay lugar para el examen de las contingencias. Sobre los absolutos, ya señalé que están descartados, pero acerca de los principios trascendentes, opino que hay que distinguir lo siguiente:

- que no existan los principios trascendentes como principios conceptuales petrificados e inamovibles que predeterminen de manera definitiva nuestra manera de mirar, lo concedo,
- que no existan los principios trascendentes como principios conceptuales flexibles que influyen de manera histórica –en ambos sentidos del término– en nuestros modos de mirar la universidad y que dichos principios trascendentales se transformen en factores constitutivos de la realidad universitaria, lo subdistingo:
- que no existan (los principios trascendentales) como factores constitutivos de la universidad, que en sus contenidos conceptuales básicos y en sus formas de aplicación sólo tengan una flexibilidad nominal y contingente a través del tiempo, concedo que no existen,
- que no existan (los factores trascendentes) como factores constitu-

tivos de la universidad que en sus contenidos conceptuales básicos y en sus formas de aplicación tenga una flexibilidad real y tengan modificaciones circunstanciales de acuerdo con las realidades históricamente vigentes, niego que no existan.

Por lo tanto, con esta doble negación, afirmo que sí hay determinados principios trascendentes constitutivos de la universidad que a través de la historia permanecen en lo substancial y se modifican en lo accidental, y que, a través de su permanencia contingente e histórica hay que mirar a la universidad. Me refiero a principios básicos tales como el manejo estrictamente científico del conocimiento (aunque la expresión sea redundante), la búsqueda de un servicio a la sociedad a través de la formación de profesionales y de la generación de conocimientos, la relación con la sociedad considerada como un todo y no como una parte de ella aun cuando ésta parte se autoconsidere como la más importante del conjunto social, la capacidad de autodefinition de la direccionalidad académica y social de la institución, etc. Permanecer sólo, o primordialmente, en las contingencias desde las que se fraguó la modernidad de nuestra universidad y que ha creado nuevos dispositivos para su operación, me parece que es correr el alto riesgo de quedar fundamentalmente a merced de lo contingente aun cuando tenga cierta temporalidad, y no tener ninguna base firme que la haga permanecer como universidad. Esto, además, sería contradictorio con la historia de la propia universidad que a través de los siglos ha permanecido siendo lo que es pero sin ser idéntica en cada uno de los ciclos del tiempo.

La problemática que estamos tratando, nos ubica en el ámbito de la Primera Mirada Táctica de las que utiliza Eduardo y que se refiere a la unidad/diversidad de la universidad, abordada ésta desde la mirada de la universidad-en-concepto, o en contraposición, desde la universidad-en-contexto.

La primera forma de mirar, se dice, elimina “la perspectiva de la problemática contextual” (283), sin señalar de qué universidad se está hablando, definiendo sólo sus tendencias globales y sus grandes rasgos de identidad, señalando que “toda universidad posee ciertas características básicas” (284), por lo cual “la universidad sólo existe como representación ideal que carece de contenido específico o de principio de realidad (284). Se deduce, pues que está es una manera inadecuada, o al menos incompleta, de mirar a la universidad. Por lo tanto la mirada más adecuada es la de la universidad-en-contexto: la compleja, la diversa, la borrosa, imperfecta, singular, problemática...la que dista de regirse por universales abstractos” (284), que las hace a todas iguales, al margen de condiciones particulares y del valor social de los imaginarios sociales.

A primera vista, la presentación de estas dos miradas como se hace en el libro, pudiera parecer que hace totalmente incompatibles. Pienso,

más bien, que estas dos miradas constituyen dos niveles diferentes de acercamiento y de nominación –que no de nominalismos–, que tienen su respectiva validez y complementariedad, de manera que ninguna de los dos es suficiente por sí misma sino que ambas son mutuamente necesarias; por consiguiente habría que relativizar en gran medida que el primero de los niveles –en concepto– carezca de “principio de realidad” (284).

Por otra parte el conocimiento de las características del primer nivel es lo que ha permitido detectar sus insuficiencias y abrir el camino para arribar a las riquezas del segundo nivel con su textualidad compleja, su disciplinaria comunicativa y su análisis organizacional. Yo creo que este primer nivel, sí es de carácter más general, pero permite fijar posiciones teóricas y avances prácticos con un denso sentido de lo político, de todo lo cual, al pasar al segundo nivel, se han desgajado prácticas, normas, relaciones, dispositivos y procesos organizacionales, que a su vez son la concreción de esa densidad política.

De hecho, la perspectiva dominante que actualmente nos envuelve “reconstituyendo identidades que funcionen bajo los modos de racionalidad del mercado” (327), plantea sus “principios trascendentes” y sus “absolutos” desde el primer nivel, lo cual le permite lanzar sus líneas políticas orientadoras básicas, y operarlas a través de programas en el segundo nivel, pero con base en el primero². El segundo nivel, solo, difícilmente operaría. Es cierto que el hecho del uso de esta práctica en la visión dominante, no tiene de por sí ningún valor epistemológico aunque tampoco le niega, pero al menos nos está indicando que, esa relación entre ambos niveles, bien manejada, puede tener una gran eficiencia y una orientación política clara.

Por eso vemos que en la universidad en México hoy, la actual práctica de una creciente gubernamentalidad y el pretendido ocultamiento de su orientación política tras la aparente neutralidad de la técnica, constantemente sigue haciendo referencia a las formulaciones generales del primer nivel, como un punto de sostén para su aplicación. Los sustentos axiológicos que le dan operatividad a las transformaciones y rupturas radicales que estamos viviendo, se encuentran ubicados en el primer nivel. Por lo tanto, será necesario seguir produciendo saberes en ese primer nivel, con tal de no permanecer encerrados exclusivamente dentro de la “grosera funcionalidad” (25) que ha permeado muchas

² A este propósito es interesante analizar la concatenación de planteamientos en ambos niveles, que se da a partir de la “Declaración Mundial sobre la Educación Superior en el Siglo XXI” de la UNESCO en 1998, el documento de la ANUIES “La Educación Superior hacia el Siglo XXI” de 1999, las “Bases para el Programa Sectorial de Educación 2001-2006” del Equipo de Transición de Vicente Fox en 2000, y el “Programa Nacional de Educación 2001-2006” de la SEP en 2001.

visiones del pasado, y seguir alentando complementariamente todas las miradas que provengan del segundo nivel y viceversa.

Además, dada la relevancia del primer nivel, me parece importante rescatar sus virtualidades, para una adecuada vinculación entre éste y el segundo nivel. Ibarra señala que no se puede partir de un *a priori* sobre lo que es la universidad (285), y tiene toda la razón. Pero el producir o manejar conocimientos sobre la universidad que por sus características se ubiquen en un primer nivel, considero que no es partir de un *a priori*, ya sea que consideremos este término en su sentido literal o en su sentido figurado, puesto que los contenidos propios de un primer nivel, ni son algo que hubiere brotado de la nada, ni son algo meramente inventado o sin fundamento. En todo caso, se trata de conocimientos generales, abstractos, si se quiere, pero que no por eso dejan de tener el estatuto epistemológico de saberes.

Lo que queda claro es que tienen un papel diferente a los conocimientos del segundo nivel, y que para consolidar nuestro conocimiento de la universidad en México hoy, es indispensable avanzar mucho más en el segundo nivel a fin de problematizar orientadamente lo que ella significa en los distintos espacios sociales, y para que no se esconda la tremenda ignorancia que aún tenemos acerca de la realidad universitaria. Así, la presencia del concepto, enriquecida a la luz del contexto, dejará de tener una “presencia intimidatoria” (285) y coaccionante como línea problemática.

La relación entre lo organizacional y lo axiológico

Los puntos de contacto de este tercer tópico con el anterior son muy cercanos puesto que ambos se ubican dentro de las tensiones teóricas ya comentadas y en el campo de una aproximación que, como dice Eduardo Ibarra,

...persigue, por un parte, reunir el conocimiento general y la teoría unitaria, reconociendo y explotando sus relaciones; pero desea también, a la vez, aprovechar las posibilidades que nos ofrecen la diversidad postmoderna, sin caer por ello en los peligros de la fragmentación extrema (248).

No cabe duda que la importancia de mirar a la universidad desde la óptica de lo organizacional, que se ubica en el nivel del contexto, como lo destaca el autor, es fundamental. Esta mirada desde el segundo nivel, nos permite ver con claridad lo borroso de los dispositivos de operación, de las normas, tecnologías procedimientos, modificación y creación de nuevas identidades, reordenación de conductas, etc., y cómo todo ellos, “desde la neutralidad aparente de sus saberes...son apreciados en su envoltura técnica, en su cubierta instrumental, siempre de

manera poco problemática, nunca desde la complejidad antropológica de su silencioso accionar” (33-34). Con ello se redefinen los espacios de actuación, pero fragmentando las trayectorias institucionales e individuales. Este es el papel hoy preponderante de la organiza/acción, destacado por Ibarra:

Por ello hoy más que nunca la política encuentra su mayor efectividad en la administración, siendo los procedimientos los artefactos de su intervención, y la eficiencia la fuente primordial de su legitimidad...De todo esto se desprende la importancia y la urgencia de analizar las transformaciones en la gubernamentalidad, como modo de racionalidad desde el que son conducidas las conductas de los individuos y de las instituciones implicadas en la modernización (Nota 5 del Capítulo I, p. 50).

De la lectura del texto se desprende que la *organización* y la gubernamentalidad que la acompaña con sus enlazamientos transversales, requiere del análisis estratégico realizado a través de las cinco miradas, como su artefacto operativo, como una herramienta de investigación (279). La correcta aplicación de esta nos permite, dice Ibarra, “descifrar *¿qué somos hoy?* y en consecuencia, replantearnos *¿cómo podemos aspirar a cambiar el presente?*, y se nos muestra “el punto de inflexión que indica el establecimiento de un nuevo modo de racionalidad” (253). Y también sabemos que a partir de ello, “las agencias del Estado y otros agentes sociales negocian estrategias, programas y metas que operan bajo normas, tecnologías y procedimientos, desde los que se propicia la reinención radical de las identidades de instituciones y sujetos” (253-254).

Es decir sabemos qué sucede, dónde debemos centrar nuestra atención, cómo opera el cambio, y cuál es su punto de inflexión. Es un gran avance el que nos ofrece Ibarra. Pero queda la otra inmensa interrogante: ¿Cuál es la orientación que queremos imprimirle a la *organización* y a la gubernamentalidad de nuestras universidades?

La respuesta a esta pregunta tan trivializada y tan enrarecida por diversidad de intereses, se ubica fuera de los planteamientos explícita presentados en el libro que estamos comentando. No se le puede reprochar a Eduardo el que no hubiere abordado este punto. Si embargo, sí tiene que ver con el análisis modernista y postmodernista que sobre la “funcionalidad” de la universidad nos presenta el texto, y con la grosera reducción que lleva a ambas tendencias a compartir una misma metavisión racionalista (23-26). A pesar de las deformaciones aludidas, pienso que la funcionalidad y la direccionalidad de nuestras universidades es un punto que no tiene que quedar al margen del trabajo académico de los estudiosos de la universidad; aunque obviamente intervienen en esto factores de otra índole diferente a la teórica, esos otros factores tienen su presencia real y operante en nuestras propuestas conceptuales. El

asumir la diversidad de los factores que intervienen en el conocimiento y el riesgo que eso implica, considero que es imprescindible. Esta es mi forma personal de interpretar lo que señala Ibarra: "...la unidad que encuentra el modernismo en la racionalidad-funcionalidad no agota su diversidad, en tanto que la diversidad del postmodernismo no niega la presencia de posibles ejes de articulación y confluencia..."(28)

Ahora bien, encontramos que detrás de las relaciones entre fuerzas que se generan dentro y fuera de los procesos organizacionales operados bajo el modo específico de racionalidad de intervención/regulación mediante normas, tecnologías y procedimientos, "se ubican los procesos políticos...que persiguen imponer o negociar reglas y prácticas para orientar la acción colectiva en los espacios de la universidad"(292). Como pienso que los procesos políticos están finalmente orientados por aquello que los actores políticos consideran valioso y acorde con su proyecto de sociedad, es decir, que están orientados por la axiología, me atrevo a opinar que detrás de la *organización* se encuentra la axiología y la definición de finalidades.

Esto último me parece que es perfectamente compatible con la idea de que en esta radicalidad de transformaciones, "*el fondo de la modernización de la universidad se encuentra en sus formas de operación*" (294), tomando en cuenta la anotación que se añade a esta idea en la nota correspondiente:

Es necesario enfatizar que en este nivel la forma es fondo, que no hay finalidad que valga si no se consideran los medios que garanticen efectivamente su realización. *Una constante de la conducción de la universidad en México hoy, se encuentra precisamente en la definición de finalidades de alto valor ético (las cursivas son nuestras);* no obstante ellas enfrentan sus propios límites al asumir su operación como una cuestión esencialmente técnica, no problemática, que se ubica al margen de las relaciones entre fuerzas (Nota 49, p. 322).

Por lo tanto, aparte de reafirmar la importancia capital de la organización, me interesa reafirmar la interrogante anteriormente planteada. ¿Una vez que sabemos cómo es el cambio, qué papel nos queda a los interesados en la universidad para participar en la definición de finalidades? ¿O es una función que no nos atañe?. No hay que perder de vista lo que nos dice el mismo Eduardo Ibarra: "...las relaciones entre fuerzas en el adentro de la universidad...se encuentran normalmente acotadas por la orientación del proyecto estratégico delineado en su afuera" (295) Y nos ilustra esta afirmación en las notas, mediante el caso de la huelga universitaria de la UNAM en 1999-2000.

El mismo autor nos señala que este re-pensar la universidad implica diagnosticar el presente, pero para delimitar la perspectiva histórica y cultural desde la que pensamos, es decir, así lo señala Ibarra, "desde los resquicios de nuestras realidades *imaginadas y sumergidas*", para responder

a una pregunta esencial: ¿qué significa la universidad en México hoy?” (331). Afirmar que hay que responder a esta pregunta esencial desde esas realidades imaginadas y sumergidas dentro de los contornos de la globalización, es decir desde las realidades de un país “emergente” y que ocupa un lugar subordinado y obediente en medio del concierto de los grandes, me parece que es un acercamiento al campo de las axiologías y de las direccionalidades.

Por momentos pensé si no existía en el fondo el problema de no querer “contaminar” lo cognoscitivo con lo axiológico, lo organizacional con lo finalístico y funcional, lo objetivo con lo subjetivo, la neutralidad ideológica con la opción política. Confieso que el ir haciendo conjeturas como estas me han producido el temor de no haber reflejado fielmente el pensamiento de Eduardo, sino haberle hecho decir cosas como si fueran de él, pero que, en realidad no son sino mis proyecciones personales. Pero, a riesgo de continuar con mis proyecciones, me permito señalar que, a mi parecer, el quinto capítulo, en el que se analizan las realidades encontradas en la situación actual de nuestra universidad, es una manera muy elegante y académica de esbozar una orientación del rumbo que se desea para la universidad, hecho basándose en objetividades perfectamente fundamentadas. Lo cual, desde mi punto de vista, se rubrica con la siguiente afirmación.

Sin embargo, si aceptamos que las realidades sumergidas comportan una complejidad histórica y cultural que escapa a las ilusiones de esta modernidad, entonces las visiones centristas se muestran insuficientes, con todo y su totalitarismo, para decantar tal complejidad...desde este momento, la capacidad para pensarnos a nosotros mismos quedaría eliminada, pues en tales visiones no existe sino el centro como presencia y “lo demás” como vacío...el resto es sólo un complemento, un dominio, un dato. *Por ello debemos des-centrarnos y mirar desde nuestras tierras invisibles, con los ojos de no-sujetos sumergidos, digamos, desde “las orillas del mundo y sus centros marginales”, desde el mundo de la no-existencia con todo y sus nichos de ilusionada presencia* (cursivas mías, p. 337.)

Una conclusión como tantas otras

La lectura del libro de Eduardo Ibarra constantemente fue apelando a mi experiencia universitaria personal y evocando problemáticas vividas a lo largo de varios años. Volver a pensar sobre la unidad y la diversidad, sobre los referentes trascendentales y los absolutos, sobre los diversos niveles de los conocimientos, sobre las prácticas introyectadas y los valores, etcétera, me rememoró aquella discusión que hace 12 años se suscitó entre los estudiosos de la educación superior, acerca de cuales eran las “Cuestiones Críticas” sobre las que había de construir una agenda de políticas para trabajar en ellas, a fin de ya no seguir insistien-

do en el estudio de lo que se calificó entonces como “Problemas” cuya urgencia ya no tenía preeminencia. Creo que varios rasgos de aquella discusión, que constituiría la “agenda” para los próximos diez años, siguen vigentes en el libro que comentamos.

El hecho es que 12 años después de aquella discusión, Ibarra termina su libro señalando que estamos ante un régimen de gobierno de la universidad que la ve como una institución en la que se conforman nuevas identidades “a partir de modos de regulación y conducción en los que sólo cuenta lo que se puede contar”, y que en lugar de seguir siendo un “referente cultural básico de la sociedad” está reconstituida como una “organización al servicio de una sociedad de consumo” caracterizada por su capacidad de compra en los mercados de saberes y de profesiones. (448)

Ante esta situación, Eduardo termina su libro con este compromiso que comparto plenamente: “El conocimiento producido no tendría sentido si no se tradujera en nuevas prácticas que abrieran resquicios de resistencia ante el embate de fuerzas que parecen indoblegables pero que muestran cada vez más sus grandes fisuras. Sin lugar a dudas, este es el mayor reto que nos plantea el futuro” (449).